

RESEÑAS

Dios. La ciencia. Las pruebas. El albor de una revolución

MICHEL-YVES BOLLORÉ Y OLIVIER BONNASSIES

Prólogos de Robert W. Wilson y Elvira Roca Barea
Traducción del francés de Amalia Aconda. Revisión de J.M. Lacruz
Madrid, Editorial Funambulista, 2023. 573 páginas.
ISBN: 978-84-1265-879-8. PVP: 23,66 €

Dios, la ciencia, las pruebas. El albor de una revolución es un texto realizado por los franceses Michel-Yves Bolloré (1945) –ingeniero informático, máster en Ciencias y doctor en Gestión Empresarial– y Olivier Bonnassies (1966), graduado en la Escuela Politécnica, licenciado en Teología en el parisino Instituto Católico y creador de la página web *Aleteia*, una de las webs católicas más visionadas del mundo, que se edita en diversos idiomas, entre los que está el español. La obra fue traducida por Amalia Aconda y ha visto la luz en la editorial Funambulista.



La finalidad del texto se muestra claramente desde un primer momento: “reunir en mismo volumen un balance, puesto al día, de los conocimientos racionales relativos a la posible existencia de un Dios creador” (p. 29). El libro tiene dos prólogos: uno de Robert W. Wilson, premio Nobel de Física en 1978 (junto con Arno Penzias), y otro, para la edición española, de Elvira Roca Barea, que se autodefine como “agnóstica respetuosa”; el físico fue el codescubridor del eco del Big Bang, esto es, la radiación cósmica de fondo.

Dios, la ciencia, las pruebas ha tenido un éxito fuera de lo común en Francia ya que en poco tiempo se han vendido más de 250.000 ejemplares y ha constituido el punto de referencia de acaloradas discusiones.

Tal y como nos dicen los autores en la Advertencia, el libro es el resultado de más de tres años de investigación realizada con la ayuda de veinte especialistas de las diferentes disciplinas científicas, con numerosas referencias bibliográficas y abundantes citas de intelectuales de entre los que hay un gran número de premios Nobel.

Es un texto que desea aportar al lector los elementos para reflexionar sobre la existencia de un Dios creador, de manera que al final tenga a mano todos los elementos que le permitirán decidir lo que le parece más razonable creer. Pero el hecho de reseñarlo en *Llull* es porque, en gran medida, es un libro de historia de la ciencia en el que se hace un repaso interesante a las teorías que, en relación con el origen del universo y de la vida, han sido objeto de discusión por los intelectuales a lo largo de los diferentes siglos. Bien es cierto que el mayor peso de las mismas, por razones obvias, lo tienen las de los científicos del siglo XX e incluso del siglo actual.

En efecto, a lo largo de las más de 500 páginas de la obra van apareciendo científicos de toda condición, del campo de la física y la biología mayoritariamente, pero también de otras disciplinas como la química, la matemática, filosofía de la ciencia, etc. Y es que son numerosos los testimonios de personas de la ciencia, de diferentes orientaciones en relación con el asunto que se trata (creyentes, agnósticos y ateos); se aportan opiniones de muchos profesores de prestigiosos centros de investigación y universidades, y de numerosos premios Nobel.

La obra está organizada en 23 capítulos, 2 prólogos, 3 anexos, un glosario, los índices onomástico y de materias, agradecimientos, etc. No obstante, hay dos apartados perfectamente delimitados; uno que se interesa por las pruebas vinculadas a la ciencia y otro que se ocupa de las pruebas al margen de la ciencia y que parece que no tienen su lugar en una obra con ese título.

El desarrollo de *Dios, la ciencia, las pruebas* lleva a los autores a recurrir a grandes intelectuales de la historia de la Humanidad: Carnot, Boltzmann, Haeckel, Hubble, Einstein, Le-maitre, Planck, de Duve, Heisenberg, Laughlin... Entre todos ellos hay una sola cita a un científico español, Juan Oro (p. 230).

Hay dos capítulos (15 y 16) dedicados a escrutar el pensamiento, en relación a Dios, de dos monstruos de la ciencia: Einstein y Gödel. Este último “afirmaba con vigor que era lógico creer en la vida después de la muerte y en la existencia de Dios, lo cual intentó incluso demostrar” (p. 328).

En *Dios, la ciencia, las pruebas* se exponen de manera precisa dos concepciones contrarias del Universo: o es eterno, y entonces no necesita de ningún creador, o existe Dios, el creador de este Universo. Y es que para los autores, “La idea de Nietzsche y de los científicistas de los siglos XIX y XX, que anunciaban la muerte de Dios a manos de la ciencia, se ve hoy mortalmente cuestionada. En la ciencia del siglo XX, Dios es más evocador que nunca” (p. 259).

Son cinco los pilares fundamentales en los que se basan Bollaré y Bonnassies para desarrollar su trabajo.

En el primero de ellos pasan revista a la historia que supuso el descubrimiento de la muerte térmica del Universo, teoría sobre la que hay un consenso casi general y que implica que el Universo tuvo un principio y, por tanto, presupone un creador. Su punto de partida es la termodinámica (Carnot, 1824).

El segundo pilar es la teoría de la Relatividad, por la que se relacionan e imbrican necesariamente el tiempo, el espacio y la materia.

El tercer fundamento es el Big Bang. En efecto, en los albores del siglo XX Alexander Friedmann –que cuestiona la “constante cosmológica” de Einstein–, Georges Lemaître y George Gamow describen la expansión del Universo, que no es aceptada en un primer momento por los prejuicios de muchos científicos. Los autores de la obra destacan lo que parece imposible: que la búsqueda de la verdad científica esté bloqueada, al menos parcialmente, por las concepciones previas de ciertos hombres de ciencia; en este sentido, son muchos los testimonios que aportan para corroborar tal hecho.

El Big Bang fue teorizado en los años veinte por Friedmann y Lemaître y confirmado en 1964. Describe el comienzo del Universo de forma tan precisa y espectacular que provocó una verdadera explosión en el mundo de las ideas, hasta el punto de que, en algunos países, los científicos arriesgaron su vida para defenderlo o estudiarlo. El libro dedica un capítulo entero a las persecuciones y ejecuciones que se ignoraron u ocultaron y que vinieron a demostrar, trágicamente, la importancia metafísica de este descubrimiento. La aparición de la teoría del Big Bang “no podía sino contrariar a los materialistas, y una de las opciones para esquivar el problema era la creación de teorías alternativas” (p. 108) que no han sido mantenidas por los hechos: universos múltiples, Big Crunch, inflación cósmica, cosmología cíclica conforme, etcétera.

El capítulo 8 de la obra lleva por título “La novela negra del Big Bang”; es la historia de las persecuciones que, en relación con esta teoría, tuvieron que sufrir muchos científicos en los dos grandes estados totalitarios del siglo XX: en la URSS y en la Alemania nazi. A fin de cuentas no es más que la constatación del acoso a personas que, supuestamente, están en contra del aparato del Estado.

El cuarto fundamento se refiere a lo que se considera el ajuste fino del Universo y el principio antrópico resultante, que han sido ampliamente aceptados desde la década de 1970 y es que en *Dios, la ciencia, las pruebas* se subraya que los fabulosos ajustes del Universo, que tienen que ver con dos decenas de valores numéricos invariables en el tiempo y en el espacio (fuerzas de la gravedad y electromagnética, constante de Planck, masa del protón, etc.), llevan a la evidencia de que “el azar no es una solución explicativa creíble” (p. 178).

Finalmente, el quinto pilar son los estudios biológicos que implican, también, un ajuste con precisión, necesario para dar el salto desde el mundo inerte hasta el vivo. Como en otros apartados de esta obra salen a relucir importantes científicos y como en los restantes asuntos, los autores llegan a la conclusión de que existe un Dios creador porque este libro permitirá a los creyentes “comprender hasta qué punto sus convicciones tienen fundamentos racionales sólidos”, a los agnósticos les “permitirá tomar conciencia de hasta qué punto la hipótesis materialista no es realista” y a los materialistas “les permitirá tomar la medida del desafío al que se ven ahora confrontados” (p. 505).

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net